

SERMON
PARA EL JUEVES
DE LA TERCERA SEMANA
DE QUARESMA,
SOBRE EL BUEN USO DE LAS
enfermedades.

*Surgens Jesus de Synagoga introivit in domum
Simonis ; socrus autem Simonis tenebatur
magnis febris.*

Al salir Jesus de la Synagoga entró en la casa de Simon ; la suegra de Simon se hallaba con una gran calentura. *San Lucas , capitulo 4.*



Unque cuidamos muy frecuentemente de instruir à los Fieles acerca de sus obligaciones en el uso que deben hacer de los bienes de la vida , no por eso nos debemos olvidar de enseñarles à usar bien de sus males ; entre todos estos las enfermedades son unos males muy expuestos à que abusamos de ellos , y por consiguiente están sujetos à los

re-

reglamentos de la disciplina christiana.

Un estado , pues , tan lleno de dificultades , un estado , que tanto se acerca al de la muerte , y que nos avisa para que no nos dexemos sorprender , un estado , por consiguiente tan importante para la eterna salud , no puede ser indiferente para unos hombres , que siempre están fluctuando entre la vida , y la muerte , y que nunca están tan seguros de su salud , que puedan mirarse libres del peligro de la enfermedad.

¿ No hemos conocido , Señores , en estos ultimos años , que la enfermedad es un genero de prueba , para la que nunca nos hallamos suficientemente dispuestos , por mas paciencia , y constancia que hayamos procurado acumular ? ¿ En qué casa no ha entrado el luto ? ¿ Qué ojos están todavía enjutos , aun quando no sea por desgracias personales , à vista del triste espectáculo de la desolacion pública ? Una enfermedad popular , que acometia à los mas ricos , y à los mas grandes , mas contagiosa en los mas sanos , mas maliciosa en los mas robustos , desconocida en sus causas , dudosa en sus efectos , que se adelantaba à las precauciones , y se irritaba con los remedios , y casi superior à la naturaleza , y al arte , reduxo al ultimo peligro à los que estaban exentos del peligro del hambre , y de la guerra. ¡ A cuántos estoy mirando entre mis oyentes , que haviendose librado del naufragio , tienen todavía sobre sus rostros la palidez , y la imagen de la muerte , y que acaso están todavía cargados con el peso de los votos que hicieron por su salud ! Acordaos , pues , Señores , de aquel estado en que se halla el hombre postrado en una cama , y vecino al sepulcro ; acordaos de la utilidad que debisteis sacar de aquellos sustos : y los que todavía no os haveis visto en este estado , no os olvideis de los espectaculos que entonces se presentaron à vuestra vista ; finalmente , estad todos atentos à las instrucciones que os voy à proponer acerca de esta materia , explican-

do

do al mismo tiempo el presente Evangelio.

En él vemos primeramente la llegada de Jesu-Christo à la casa de Simon, cuya suegra estaba enferma: *Introivit in domum Simonis*. La presencia de Jesu-Christo fue el principio de su felicidad. Despues vemos à la enferma curada, por las instancias de las personas que rogaban por ella, sin que ella pronunciase ni una sola palabra pidiendo su salud: *Rogaverunt illum pro ea*. San Francisco de Sales en una de sus conversaciones repara en esta indiferencia de la enferma: por último vemos, que inmediatamente que estuvo sana se levantó para servir à su bienhechor: *Et continuo surgens ministrabat illi*. San Geronymo en una carta à Marcela (a) repara en esta demostracion de agradecimiento. De este modelo me he de valer para proponeros tres obligaciones del Christiano en este peligroso estado: Primero, un pronto recurso à Dios; deveis llamarle à vosotros, y reuniros à él: *Introivit in domum Simonis*: Segundo, una perfecta indiferencia respecto de la vida, y de la salud. Dexad à los demás el cuidado de rogar, y vosotros cuidad solamente de la sumision: *Rogaverunt illum pro ea*: Tercero, un exacto agradecimiento despues del beneficio de la salud; Dios es quien os la ha concedido, y así à él deveis servirle: *Continuo surgens, ministrabat*. El recurso à Dios, la indiferencia en orden à la salud, y el agradecimiento despues de conseguida ésta, son las tres partes de este discurso, utiles para todos los que me oyen, ò porque ya se han visto en este peligro, ò porque acaso se verán en él más presto de lo que les parece. Imploramos la gracia del Divino Espiritu por medio de la intercesion de Maria. Ave Maria.

(a) *Ad Marcel. de Ægrot. Blessillæ.*

PRIMERA PARTE.

EL recurso à Dios en la enfermedad es la primera obligacion del Christiano, no precisamente para conseguir la salud, sino para conseguir la gracia, y reunirse al Señor por medio de un pronto arrepentimiento de sus pecados. Dos razones nos persuaden esta verdad: Primero, que este es el designio de Dios: Segundo, que esto es utilidad del hombre. Dios permite que caigais en la enfermedad para llamaros à sí; este es su designio. Vosotros no podeis hallar mayor consuelo que reuniros à él; esta es vuestra utilidad. Podreis menos de conformaros con su voluntad, quando en esto teneis tan grande interés?

I. Aunque Dios, como Autor de la naturaleza, abandone regularmente la vida, y la salud del hombre al curso de las causas naturales, es indubitable, que como Autor de la gracia tiene muy particular cuidado de hacer que todos estos sucesos naturales entren en la economía de la salvacion; y que muchas veces turba expresamente los resortes de nuestro temperamento, para darnos à conocer, que hay una mano, que mueve, y gobierna todas las cosas, y à la que consiguientemente todas las cosas deben obedecer. Quando nos sentimos torpes, y estamos como adormecidos acerca de esta obligacion de la obediencia, basta la adversidad para despertarnos; pero es preciso confesar, que entre todas las adversidades que pueden acometernos, ninguna nos reduce al punto de nuestra verdadera sumision mas vivamente que la enfermedad. Aunque el impío Antiocho vió derrotados sus Exercitos por los Judios, y aunque él mismo se vió vergonzosamente arrojado de la Persia, en medio de estas desgracias vivian siempre en su corazón la soberbia, y el deseo de la venganza; apoderase de sus entrañas una secreta enfermedad, la que pos-

tra à este furioso en una cama; inmediatamente abre los ojos, que havia tenido cerrados à todas las demás desgracias; baja, dice el Sagrado Historiador, desde lo alto de su soberbia al conocimiento de su bajeza: *Hinc cœpit ex gravi superbia deductus ad agnitionem sui venire.* (a) La enfermedad obra en él lo que no havian obrado, ni la verguenza, ni las derrotas.

¿Son por ventura menores los efectos que produce entre nosotros, amados oyentes míos? Aunque nos veamos acometidos de qualquiera otro enemigo, siempre nos juzgamos en estado de podernos defender ò con la fuerza, ò con la industria, ò con el auxilio de nuestros amigos; como en estos casos, el enemigo está fuera de nosotros, hallamos en nosotros arbitrios contra él, ò à lo menos nos sentimos con valor para resistirle; pero quando nos vemos oprimidos con las enfermedades, postrados tristemente en aquel importuno lecho de miserias, y dolores, teniendo al enemigo dentro de nosotros mismos, y sin saber las mas veces cuál es, ni dónde está; experimentando à cada momento la incertidumbre, la flaqueza, y aun la inutilidad de todos los socorros humanos, ¿qué luz no alumbra entonces nuestros entendimientos, para que veamos la nada de nuestras fuerzas, de nuestros bienes, de nuestros designios, y de nuestras ideas; y para que conozcamos la dependencia que tenemos de aquel gran Dios, dueño absoluto de la vida, y de la muerte? ¿En este estado qué pequeños somos à sus ojos, y à los nuestros! Entonces la sumision, y la humildad nos son como naturales, y aun nos revestimos de todas sus señales, como son la palidez, la tristeza, y los suspiros; la misma postura del cuerpo flaco, y extenuado, que dirige sus miradas ácia el Cielo, está convidando al enfermo à que busque en él su asilo, y el principio de su descanso.

(a) 2. Machab. 9. 11.

Entonces la falsa alegría del Mundo, y los aparatos de la moda, los equipages de la vanidad, los juegos, los placeres, todo desaparece, y nada de esto es de provecho alguno: *Defluxit terra, & infirmata est, ingemuerunt omnes qui lætabantur corde Cessavit gaudium, conticuit dulcèdo vitbaræ,* dice el Profeta: (a) ¿Pues en dónde está la gracia del Señor, su Reyno, su tiempo, y su momento? Aquí está, amados oyentes míos; en este triste estado del abatimiento del cuerpo, halla el alma su fuerza, y recobra una plena autoridad sobre este rebelde: *Vires corporis, affectis artubus, in virtutes transferuntur animorum,* (b) dice Salviano. Este es el designio de Dios, porque no debeis pensar, Catholicos, que aquéllos tristes combates, que padece un mortal contra la muerte, son para el Autor de la naturaleza un espectáculo delicioso. No, Señor, decia la prudente Sara, Vos no os delectais en vernós perecer: *Non delectaris in perditionibus nostris.* (c) Muy contra vuestro deseo entró la muerte en el Mundo, y tambien contra vuestros deseos nos vemos nosotros precisados à sufrir tantos males. El deseo de Dios, Catholicos, es hacer que sirvan nuestros males para nuestro verdadero bien, y nuestras enfermedades pasajeras para nuestra eterna salud, y reunirse à nosotros por medio de la flaqueza, y el dolor, quando vé que la salud, la fuerza, las felicidades, y los deleytes nos apartan de él.

Seamos, pues, sensibles à estos terribles golpes que descarga sobre nosotros su misericordia. ¡Ah, cuántos golpes de su magnificencia, y de su liberalidad han sido inútiles! En vuestra juventud os llenó de bienes, y de dones; ponía en vuestras manos todo quanto era objeto de vuestros deseos; os dotó de talento, de fuerza, de hermosura, y de salud; nada os faltaba para ser felices

(a) Isai. 24. 4. (b) Salv. Epist. ad Catturam.

(c) Tob. 3. 22. (d) 2. 1. inl (e)

en esta vida, y en la otra, pero vosotros todo lo corrompisteis; de todo abusasteis; convertisteis estas inocentes dulzuras en otras tantas ocasiones para perderos, y en otros tantos motivos de pecado: Dios os trataba como à hijos queridos, con agrado, y con delicadeza, pero vosotros le despreciasteis: *Filios enutriui, & exultavi, ipsi autem spreverunt me.* (a) dice por el Profeta Isaías. Pues el mismo Señor hará que andéis arrastrados como un gusano de la tierra; pondrá la flaqueza en vuestra cabeza, y la tristeza en vuestro corazón: *Omne caput languidum, & omne cor mœrens;* os cubrirá de llagas, y no habrá parte en vuestro cuerpo que esté libre de dolor: *Vulnus, & livor, & plaga tumens.* (b) Todo esto lo hará con el fin de reynar sobre vosotros, para bolver à entrar en posesion de esa alma, de la que le havia arrojado el pecado, y para introducir en ella la pureza, y la inocencia que acompañan à su gracia. Seguidle, pues, en este designio: *Lavamini,* prosigue: *Lavamini, mundi estote;* lavaros, purificaros, y libraros de vuestros pecados. Decid entonces como el fiel Rey Ezechias, quando se vió herido con la enfermedad: Señor, en medio de la amargura de mi corazón, voy à hacer à vuestra vista una averiguacion de toda mi vida, y à examinar los años perdidos en las tinieblas del pecado: *Recogitabo tibi omnes annos meos, in amaritudine animæ meæ.* (c) No esperéis para esto al peligro imminente de la muerte; el primer amago de la enfermedad debe bastar para que esteis advertidos de que Dios se acuerda de vosotros, y que vosotros debéis pensar en él.

¡Qué milagro este de bondad! El pecador, oprimido con unos males, que las mas veces suelen ser fruto de sus infames desordenes, siendo en este triste estado objeto de horror para los hombres, sus semejantes, es todavia digno de los cuidados, y atenciones de su Dios:

(a) *Isai. 1. 2.* (b) *Ibid. 1. 16.* (c) *Isai. 38.*

hijo mio, dice el Sabio, no te desprecies à tí mismo en tus enfermedades: *Fili, in infirmitate tua ne despicias te ipsum.* (a) Dirige tu oracion ácia Dios con confianza: *Sed ora Deum, & ipse curavit te.* Aunque te contemples vil, y despreciable, y aunque te veas despreciado de los que andan al rededor de tí, animate con la santa idea de que tienes un Dios que te estima, y ama de tal modo, que no obstante ser tú tan pecador, y tan ingrato, dirige ácia tí los cuidados de su Providencia, y cuida de tu salvacion; el mismo mal con que te hieres es una prueba de su amor; te hace un favor muy especial en privarte de una salud que era el mayor peligro para tu alma; y asi como los Medicos suelen muchas veces minorar con las medicinas las fuerzas del enfermo, para arruinar al mismo tiempo las del mal, by parece que le ponen à las puertas de la muerte, quando intentan salvarle la vida, asi tambien Dios se vale de estos medios para atraernos al cuidado de nuestra eterna salud. Recibamos, pues, la enfermedad como una visita que nos hace, un nuevo deseo que manifiesta de nuestra amistad, y una nueva prenda de la suya: conyugemos con alegría à este designio que tiene para con nosotros, y al mismo tiempo proporcionemonos à nosotros mismos esta utilidad; y demones este consuelo.

II. El unico consuelo que puede mitigar verdaderamente las molestias de la enfermedad, es la feliz idea de que por su medio nos reunimos à Dios. No puedo menos de admirar los esfuerzos de la sabiduría profana, para hallar en las enfermedades este principio de consuelo. Seneca aplicaba à esto, aunque en vano, toda su filosofia. Representa à uno de sus amigos todos los motivos que puede tener un enfermo para hallarse inquieto, y afligido en su estado. (b) Estos, dice, son, ò el temor à la muerte, ò la fuerza del dolor, ò la intermision de los

(a) *Eccli. 38. 9.* (b) *Epist. 79. ad Lucil.*

placeres; y para todos estos motivos de aflicción procura hallar consuelos convenientes. Contra el temor de la muerte, armaos, le dice, con la idea, de que la muerte es una cosa necesaria; que el desprecio de la muerte es remedio para todos los males de la vida; y que no morireis porque estais enfermo, sino precisamente porque vivis: *Morieris, non quia ægrotas, sed quia vivis.* Contra la fuerza del dolor, pensad, le dice, que quanto este es mas sensible, mas amortigua el sentimiento; que à fuerza de crecer cesa; que el hombre valeroso debe ser superior à los dolores del cuerpo, para conversar con su entendimiento, que es la mas noble parte de sí mismo; que muchas veces el dolor sería leve, si la consideracion no le aumentase, y que para hacerose sufrible, debeis persuadiros à que es nada: *Leve, illum, dum putas, facies.* Contra el pesar de la privacion de los deleytes, pensad, dice, que estos no se pierden, sino que solamente se dilatan, y que con la abstinencia se aviva el gusto: *Quidquid ex abstinentia contigit avidius excipitur.* Qué falsedades, qué ilusiones, y qué vanidad no hay en estas ideas! No obstante, este es el mayor esfuerzo de la filosofia natural para consolar à un enfermo abandonado à su dolor.

Inutiles consoladores, consoladores importunos, exclamaba el Santo Job à sus amigos, que querian quitarle la confianza que tenia en la misericordia de su Dios: *Consolatores onerosi omnes vos.* (a) No hay otro consuelo verdadero, y sólido para un enfermo, que el estar lleno de una feliz confianza de que se halla en gracia, y en paz con su Dios, y de que está padeciendo à su vista, como amigo, è hijo suyo; con la esperanza de gozar de su herencia. Estando esta idea bien impresa en el alma, ¿por dónde hemos de temer à la muerte? Esta solamente es terrible por sus resultas; y las resultas solamente

(a) Eccl. 28. 9. (b) Epist. 2. 61. b. f. (a)

son terribles por el pecado: Si en mí no hay pecado, ningun susto debe causarme la muerte: Si ésta me priva de unos bienes fragiles, es para hacerme gozar de los bienes eternos: Si entrega à los gusanos este despojo de carne, es para revestirme de una feliz inmortalidad; y si me priva de mis amigos, es para reunirme con mi Dios.

Lo que puede retardar la felicidad de esta union, es la obligacion de satisfacer à su justicia, y yo en mis dolores hallo la expiacion de mis pecados. Todos estos dolores naturales, involuntarios, y necesarios reciben de mi sumision, y de mi aceptacion el merito de una eleccion libre, y voluntaria: conozco que ya no bolveré à gozar de las vanas dulzuras que me hacian amar la vida, però tampoco tendré que sufrir las penas que se mezclan con ellas, ni los disgustos que las siguen; y las penas que ahora padezco en el combate que todavia me resta que sufrir, serán seguidas de unos placeres sin disgusto, sin trabajo, y sin fin. Ahora, pues, conozco, que la tierra era mi destierro, que el Cielo es mi Patria, mi cuerpo la prision de mi alma, y la muerte mi libertad.

Acaso me direis, que estas ideas son mui raras; ¿però por qué haveis de pensar de ese modo? ¿No las estais viendo muy frecuentemente en aquellas personas que han pasado su vida en cultivar la virtud, y aun tambien en muchos pecadores, que cansados de resistir à los golpes de la misericordia, abren sinceramente su corazon à la gracia que los sigue à todas partes, los que hallan mas dulzuras en las lagrimas de la penitencia, que las que havian experimentado antes en sus vanos desordenes?

Pues ahora, Catholicos, ¿quién puede tener en la hora de la muerte estas grandes ideas, y estas disposiciones tan superiores à la naturaleza? Solo Dios, que es dueño de los corazones, puede dar al que agoniza esta

paz de conciencia; y para conseguir esta gracia, es necesario ser, ò sinceramente virtuosos, ò sinceramente penitentes.

No aspireis, pues, à las delicias de este consuelo, si le esperais de algun otro principio, y si en aquel caso esperais otro socorro mas seguro que el de Dios. Los Medicos que entran en vuestra casa, y que llevan consigo la esperanza de la vida, no podrán arrojar de vuestro corazon el temor à la muerte, y à sus resultas: aun quando fuerais del numero de aquellos impíos que quieren persuadirse, que la muerte no tiene resultas, y que para ellos es el fin de todos, ¿qué tranquilidad hallariais en este insensato error? Como este error solamente puede caber en unos espiritus corrompidos por un amor desordenado à los bienes presentes, y carnales, ¿qué dolor no padecerán estos al ver que no pueden evitar su entera pérdida, ni retardarla un momento? Aun quando en las resultas de la muerte no viesen cosa alguna dudosa, ni terrible, ¿no será para ellos una funesta necesidad el verse privados por fuerza, para siempre, de todo quanto han amado? Esta nada de todo quanto se presenta à su vista, es un objeto capáz de amortiguar todo el amor que tienen à los deleytes: y no habiendo tenido durante su vida suficiente dominio sobre su razon para sufrir por algunos dias la ausencia, ò la privacion de lo que alhagaba à sus sentidos, ¿podrán mirar, sin un extremo dolor, su privacion eterna? Es, pues, indubitable, que en la muerte del impío no hay mas que desesperacion, y pesares, aun quando en la realidad nada crea,

Pero decidme, Señores, ¿el no creer nada os parece cosa facil, principalmente al fin de la vida, y en el punto de estar para dexarla? El decir que nada se siente, y nada se cree; gloriarse de esto por ligereza, ò por exceso de maldad, es una cosa muy facil, y muy comun, particularmente en la edad de los desordenes,
en

en la que solamente se dan oidos à las pasiones; pero si la muerte os acomete en esta edad, ò mas adelante, y si el peligro, despertando à vuestra razon, y à vuestra fé, os hace abrir los ojos, libres ya de aquellas engañosas nubes que las pasiones formaban al rededor de vuestra alma, entonces aquellos mismos que pasaban plaza de mas atrevidos en materia de impiedad, son los primeros que confiesan, que su intrepidez no era mas que una mascara, y que aunque han fingido no creer, siempre han creido à pesar suyo. Creen, pues, quando parece que no creen, y creerán mucho mas, quando se vean proximos à morir; y aun quando entonces no crean con una fé firme, y determinada, dudarán à lo menos con mucha mayor inquietud, porque la necesidad de resolverse, y fijar sus dudas, insta en aquel lance, y se dexa conocer con mas claridad. El verse morir, Catholicos, y dudar de lo que sucederá despues de la muerte; acercarse al fin de la vida, y no saber si este fin será principio de otra nueva vida; titubear entre estas dos funestas necesidades, ò dexar absolutamente de ser, ò ser eternamente infeliz, ¿os parece que es un estado en que se podrá sufrir facilmente la terrible pena, que necesariamente debe nacer de semejante duda? No hay, pues, consuelo en la hora de la muerte para el pecador mal seguro en la fé.

¿Pues cómo le habrá para el pecador que está seguro, y cierto de su fé, que se condena en medio de las luces que le alumbran, que se vé ir caminando ácia el Infierno, que está esperando su ultimo instante, y al fin de él una eternidad sin termino? ¿Ah! ¿Podrán la ficción, la hipocresía, la necia afectacion de tranquilidad, y de firmeza, podrán curar los remordimientos, y la desesperacion del alma abandonada, y entregada à estos funestos objetos? No, Catholicos: buelvo à repetir, que no hay consuelo para el hombre imbuido en los principios de la fé, ya los crea, ya dude de ellos, ò ya no los crea

crea absolutamente, no hay consuelo para él, à no ser que buelva sinceramente todo su entendimiento, y todo su corazón à Dios: fuera de esto, todo lo demás son dudas, inquietudes, sobresaltos, y horrores. Y así, luego que os sentis acometidos de los primeros insultos de la enfermedad, no debeis consultar ni à vuestras fuerzas, ni à vuestra edad, ni à la naturaleza del mal, ni al peligro de la estacion, ni si el año es favorable, funesto, ò climaterico: el hombre muere en todos tiempos, en todos los lugares, en todas las edades, y de todas las enfermedades: basteos el que Dios os haya tocado con su mano; este es un aviso que os dá, ò para llamaros à sí, ò para que os acordeis de él. Pensad, pues, en esto inmediatamente; entrad en cuenta con vosotros mismos; no fieis à la discrecion de vuestros amigos el cuidado de avisaros del peligro, pues estos no lo harán hasta que le juzguen inevitable. No me engañeis, suelen decir algunos à sus amigos; mirad que tengo puesta en vos mi confianza; dadme esta ultima prueba de nuestra amistad; avisadme quando sea tiempo. ¡Ah, Catholicos! Sé tú mismo tu principal, y verdadero amigo; muevete tú, excítate tú, y alientate à cumplir con tu obligacion; desde el instante en que te sientes enfermo, es tiempo de que pienses en esto. ¡Quántos pecadores han acabado en desgracia de Dios, y en una funesta impenitencia, fiados en la fé de sus cobardes amigos!

Aun mas: ¿Qué necesidad hay de que un pecador fie al zelo de sus amigos el cuidado de instarle al cumplimiento de su obligacion, y de representarle la cercania de la muerte? ¿Se necesita de lagrimas, ni de ruegos para hacer conocer à un mortal, que solamente ha vivido para morir; à un enfermo, que su mal es la señal de la muerte; y à un Christiano, que à una mala muerte sigue una desgracia eterna? ¿Es posible que la vida haya de parecer un bien tan apreciable à un Christiano cargado de años, que no se haya de sentir fatiga-

do con el peso de su vejez, ni pueda persuadirse, que à los sesenta, ò ochenta años de edad no puede estar ya muy distante su muerte? Pero supongamos que todavia esté lexos; supongamos que le resten muchos días, ò muchos meses de vida, ¿ha de aguardar al ultimo momento para pensar en morir? Mañana, mañana, mañana; ¿à cuántos ha hecho infelices esta funesta palabra? ¿Es posible que hayais de fiar à ese día incierto vuestra eternidad entera? Aun quando se os conceda ese día tan dudoso, ¿os hallareis mañana mas resuelto, mas desprendido del amor à la vida, y del horror à la muerte, que hoy? Antes, por lo mismo que la vereis de mas cerca, será mayor vuestro susto, se aumentará vuestra flaqueza, y por consiguiente os hallareis mas impossibilitados para disponeros bien: habeis pasado toda vuestra vida en cuidar de alargarla por algun tiempo, ¿y quereis contentaros con un solo día para disponeros para morir? ¿Quánto os parece que durará ese día, y ese mañana que esperais? Puede ser que no dure mas que una hora, ò un instante. ¡Un instante, pecador! ¡Un instante solo para dar cuenta à tu Juez, à aquel Juez, Salvador, y Dios, del obstinado abuso que has hecho de tan vergonzosos años! ¡Ah, Catholicos! Si tantos años os han parecido cortos para ofenderle, ¿os persuadis à que bastará un momento para aplacarle?

Procurad, pues, trabajar en este asunto luego que os sentis enfermos, y no perdais un instante de tiempo tan precioso; procurad grangearos la amistad de un enemigo tan terrible; (a) mientras os hallais todavia en el camino de la vida: él mismo os está convidando à la reconciliacion: vosotros le habeis arrojado de vuestra casa, y él llama à la puerta; ¿es posible que se la habeis de cerrar quando hace instancias para entrar? Recibidle con confianza, manifestadle todo vuestro corazón;

(a) *Matth. 5. 25.*

digase de vosotros, como de la muger del Evangelio *Introivit in domum Simonis*. Y despues de esta primera obligacion, que os reune con Dios por medio de un verdadero cuidado de la salud de vuestra alma, animaros à desempeñar la segunda, por medio de una perfecta indiferencia, en orden à la salud de vuestro cuerpo, que es la segunda parte.

SEGUNDA PARTE.

DE grande instruccion es, Catholicos, la reflexion que hace San Francisco de Sales sobre el presente Evangelio. Esta muger, dice el Santo, hallandose en lo mas grave de su enfermedad, tiene presente en su casa à Jesu-Christo, y aunque conoce su poder, no cuida de manifestarle su estado, ni le pide la salud; su familia, y sus amigos son los que interceden por ella, y los que cuidan de una salud, que ella parece desprecia: *Rogaverunt illum pro ea*. Modelo de indiferencia que debemos imitar, si queremos que nuestras enfermedades sean utiles para nuestra eterna salud.

Digo, pues, Catholicos, que despues del primer esfuerzo del pecador para detestar sus pecados, y reunirse à Dios, el segundo, y mas conveniente à su estado, es el mantener siempre su corazon en la indiferencia, no deseando ni la vida, ni la muerte: el vivir, ò morir, solamente le debe interesar por lo que mira à su eterna salud: respecto de ésta, hay muchas razones que pueden justificar en él el deseo de vivir; y otras muchas igualmente justas, que pueden hacerle desear la muerte: entre estas razones diversas, es imposible que el enfermo pueda abrazar un partido seguro, y asi debe dexar la eleccion à Dios, con sincera indiferencia, y perfecta sumision.

¿Quáles son las razones que pueden autorizar en un enfermo convertido el amor, y el deseo de la vida? Las

mis-

mismas que alegaba el Santo Rey Ezechias despues que fue curado por el Profeta Isaías: Si pedia à Dios que prolongase sus dias, era para tener tiempo de hacer público su agradecimiento, y su fidelidad. "Señor, »decia, el Infierno, y la muerte no cantaràn vuestras »alabanzas, y los que bajan al sepulcro no conoceràn la »verdad: *Non infernus confitebitur tibi, neque mors »laudabit te.* (a) A los vivos corresponde confesar vuestras maravillas, y anunciarlas à los demás vivientes: "*Vivens, vivens, ipse confitebitur tibi, sicut, & ego hodie.* Los resucitados, aquellos, à quienes como à mí, haveis sacado del seno de la muerte, son los que deben manifestar à sus hijos, à sus amigos, y à todos los hombres la verdad de su resurreccion, la fuerza de vuestra gracia, y la firmeza de sus resoluciones, y promesas: *Pater filiis notam faciet veritatem tuam.* Con estos fines tan puros, y christianos se puede desear la vida, y mirar como bien el restablecimiento de la salud.

Pero por otra parte, si se considera seriamente que el peligro de la salvacion es inseparable de la vida, el pecador, que por medio de la enfermedad ha restituido al sincero amor de su salvacion, ¿podrá menos de temer la vida, ni dexar de desear el dichoso fin de su jornada? Muy poderosas razones tiene para mirar la vida como una cosa terrible.

I. Primeramente, recobrada la salud, buelve à vivir en un Mundo, cuyos atractivos, y alhagos serán para él tan vivos, y poderosos como antes. Es verdad que su corazon no tiene el mismo fuego, pero el Mundo tiene los mismos encantos, le armará los mismos lazos, y le presentará los mismos objetos; el oro, y la plata no tendrán para él menos brillo, la hermosura menos imperio, ni el exemplo, y la ocasion menos autoridad. ¡Ah! Si al salir del lecho de los dolores, teatro de su arrepenti-

ti-

(a) *Isai. 38. 17.*